

## PREGÓN DE NAVIDAD

Nos acercamos a la Navidad con la ilusión de un niño, con la inocencia de Francisco de Asís, y también con el sentimiento de quien ya ha sentido la herida de la muerte, que ha reavivado en él las ansias de vivir y la certeza de su inmortalidad. Todos necesitamos la Navidad: el niño para no perder el cielo de sus ojos, el joven para sentirse portador de un mundo nuevo, el adulto para rejuvenecer sus anhelos y volver a sentir su infancia intacta en el corazón. Cuando el año acaba, cuando se avanza hacia el crepúsculo, necesitamos renacer.

Tiene que ver la Navidad con este renacer, de la naturaleza, de las certezas, de la fe que nos descubre la luz primera de nuestro ser. Cuando el hombre vivía en armonía y dependencia plena de la naturaleza, la noche y el acortarse la luz de los días al llegar el invierno le hacían estremecerse por el temor de perder la luz. Por eso, tras el solsticio de invierno con el sol en su punto más bajo, el 25 de diciembre se desbordaba el júbilo celebrando la victoria de la luz, el resurgir del sol, ya perceptible. Y ahí, el hombre, no desnaturalizado, veía que *“la vida humana renace eternamente”*. Pero nuestra Navidad va más allá, otra es la eternidad que anhela la persona, que es más que naturaleza y ha sido creada para ser rey de ella. Por eso no queremos una Navidad vacía o incompleta, sin el que le dio todo su valor y significado, no la queremos reducida a unos festejos ruidosos que se esfuman sin dejar huella. Si la celebramos con dimensiones y resonancias universales, es porque hace algo más de dos mil años nació en Belén un hombre que cambió decisivamente la historia, un hombre que tiene que ver con todos los hombres de todos los tiempos, pueblos y culturas. Con él volvió a comenzar la historia, pero ya anclada en la eternidad, de tal modo que las tormentas del devenir no podrán arrancarla de ese centro, fundamento y destino. Ese nacimiento no es meramente un hecho histórico concreto, ya pasado; es un acontecimiento siempre vivo y presente, de una hondura que no podremos sondear, de un dinamismo al que nada podrá sustraerse.

Ésta es la Navidad cristiana, que no anula las otras, pero las trasciende y que no nos va a quitar la alegría, al contrario, la va a enraizar más firmemente y le va a dar dimensión plena. Y si la Navidad se ha hecho canto y gozo para todos, es porque en ella encuentra el hombre esa divinización que busca, ella le da al hombre su dignidad, su grandeza y su gozo, supera sus dudas y sus noches, da fundamento a su esperanza, abre horizontes, da al mundo su verdadera dimensión. Desde Belén, el corazón del mundo tiene latido divino, el corazón humano tiene dimensión divina, *“hombre y Dios se confunden / en su latido”*.

La Navidad cristiana no es romanticismo pueril, es superar la dureza y contingencia de la realidad cotidiana y asentarla en su base, devolver la existencia a su origen intacto. *“Navidad no es un consuelo mítico ni un mero dato histórico; es el gesto de Dios, que nos enciende el gozo y la esperanza”*, como dice un pensador, el teólogo Olegario González de Cardedal (*Tres Navidades*, en *ABC*, 28-12-2004, p. 3), es la luz que enciende, alumbrada y canta nuestra verdad total: somos hijos de Dios, más aún, somos hermanos de Dios, dioses, aunque aún en germen, en gestación, por nacer. Y cada Navidad vamos naciendo hasta que llegue el nacimiento definitivo y total. *“Navidad nace en todos, / su vida enciela, / aunque ignoren, lo olviden / o no lo crean”*. El hombre es más que hombre. No seremos el superhombre prepotente de Nietzsche, ni el Prometeo que desafía a los dioses y les roba su fuego, pero ve roídas sus entrañas, seremos más: seremos dios, nos lo dice Belén. El Niño de Belén nos regala e infunde su divinidad.

Ante la Navidad sólo cabe encenderse por dentro y por fuera, y cantar con transparencia, como los cielos, porque las tinieblas y la pena del batallar diario han quedado anegadas en este océano de luz y de paz. *“El hombre recobra / la infancia perdida, / ... rocío de estrellas / empapa su risa”*. Navidad es un espejo sereno y diáfano, en cuyo fondo el hombre se mira y ve lo que es cuando el oleaje y la niebla han desaparecido. La Navidad es lo que más plásticamente

representa la entrada de Dios en nuestra historia, la presencia de lo divino en nuestra misma carne y sangre, es lo que mejor expresa la verdad de que somos indisolublemente carne e inmortalidad, humanos y divinos.

No necesitamos mitologizar ni acaramelar la Navidad; no podemos quedarnos en la cáscara ni en la mera representación. La verdad de Belén vivo es lo más humano. Dios nació hecho hombre para que el cielo estuviese aquí entre nosotros, para que nos convenciésemos de que, sin dejar de ser humanos, somos divinos; vino a decir que es sagrada la tierra y hasta el más humilde pastor, corderillo, pesebre o gruta. Dios no podrá ser ya nunca sin el hombre. El hombre no podrá ser ya solamente carne de sepulcro.

Todo esto, mejor que las disquisiciones teológicas, lo dice la poesía y el canto. Y *“la Navidad es ya la poesía hecha carne”*, dice el gran poeta navideño Gerardo Diego. De nuevo con palabras del teólogo Olegario González: *“Desde el origen, no ha habido otra teología que la que se entendía a sí misma como himno y como logos al mismo tiempo, como razón y canto, como memoria y agradecimiento”* (*Voces tenía, pero no palabra*, en *Felicidades, Jesucristo*, BAC, Madrid 1999, p. 138). La poesía habla al corazón, pregona la verdad con el lenguaje del corazón.

La poesía de nuestra patria halló una fuente inagotable y jubilosa en la Navidad. Ésta no rebajó la música de su lira, sino que la sublimó. El pueblo, que es más auténtico, siempre cantó maravillosamente la Navidad, incluso cuando los poetas académicos y oficiales dejaron de cantarla durante la Ilustración y el Romanticismo. Tras ese paréntesis, volvió la poesía, volvieron los poetas a cantar la Navidad, haciendo resonar de nuevo nuestros primitivos, nuestros clásicos, y hallando harmónicos y luces propias de los cielos y sus ángeles. El siglo XX ha sido una nueva época de oro en nuestra poesía navideña y ha resucitado el villancico con filigranas sublimes y, al mismo tiempo, populares. A esos poemas podemos acudir para gozar y cantar la Navidad. El villancico ha fundido en guirnaldas de fe y amor la piedad, el sentir teológico y el instinto de la belleza que tiene el pueblo. En Belén todo refulge, porque ha nacido la luz, la humanidad de Dios. Ella es la luz, no necesita resplandores postizos y alumbró la gloria escondida en nuestra humanidad. No podemos mirar a los ojos de un niño, y cerrarnos a la luz y a la alegría; no podemos mirarlos y decir que no hay Dios ni cielo para nosotros y en nosotros. ¡Cuánto más si los ojos de ese Niño son los ojos de Dios!

No podemos dejar de cantar, aunque sea noche, porque la noche de Navidad es la *“Noche de Dios y del hombre”*, *“más que noche, día”* en el que el hombre *“ve su dentro, su verdad / bajo el lucero del goce”*, *“ve real su sueño, / hombre y dios se mira”*, *“con nuestra sangre formado, / Hijo nuestro Dios nos nace”*. El hombre se ve dios y se ve hermano de todos, ve hermanos en todos porque *“en el cuerpo de Dios hombre / la fraternidad nacia, / ya las venas nos enciende / la misma sangre divina”*. Ya la historia humana puede dejar de ser una lucha fratricida, hasta Caín es redimido y ora: *“Cítanos en tu pesebre, / donde mueren las querellas, / que a nacer en él volvamos / y tu ternura nos vena”*. Ya la historia humana no es un caminar entre las tinieblas del azar, sin rumbo y sin la luz de la meta que enciende el corazón, sin que la vida tenga un centro y un hogar donde arda limpia e inextinguible la llama del Amor que nos sostiene en la existencia. Cada Navidad es la respuesta a nuestras ansias, es el destello de la verdad de nuestro ser y destino, que convierte en luz incluso nuestras más angustiosas sombras. A la luz de la Noche de Navidad, podemos decir con verso de Juan Ramón: *“La sombra huele a Dios”* (*Paraíso*, III, de *La estación total*) e, incluso el más desafortunado, en el colmo de su despojo, puede cantar con el mismo poeta: *“Esta inmensa ceniza que también huele a gloria”* (J.R.J., *Que también huele a gloria*, de *Una colina meridiana*), pues lleva el aroma de gloria que Dios dejó en nuestra carne y nuestra tierra al hacerse hombre.

Todo esto dice al hombre de hoy la Navidad, canto a la vida que se ve tan amenazada, savia que la renueva cuando la acecha el peligro de naufragar en el mar de la frustración y la

desesperanza. La Navidad es la gran noticia, la más esperada y más urgente de pregonar, Cantémosla, pues, y pregonémosla.

Abrid los ojos, vino ya la luz.  
Miraos cuál venció vuestra tiniebla.  
Sabed que ya sois hijos, enteraos,  
que lo sepa el insomnio de la sangre.

Proclamadlo a los hombres, que la tierra,  
el viento, el mar y el bosque ya lo saben.  
Proclamadlo a los sordos y dormidos,  
que no quede ninguno sin creerlo.

Cantad un nuevo canto, porque nuevo  
es el nombre que el Santo ya os ha dado.  
Te asombrará escucharlo, mas no temas  
llamarte sol y dios, que así Él te llama.

Gritad cual peregrino ante el oasis:  
Quedó ciego el Amor y encadenado,  
no en el fuego y fragancia de las rosas,  
mas en tinieblas de jardín marchito.

Load a Dios, que el mundo ya no es cárcel,  
preso el Inmenso en él, rompió los límites,  
el desierto es ya edén, pues Él lo habita,  
germina lo inmortal que en él sembrara.

Cantad a Dios, que hizo nuestra aurora  
diario clarear de sol eterno,  
el Fuego consumió nuestros fantasmas,  
el Mar se sumergió en nuestro costado.

Exaltad al Amor, que siempre vence,  
florece y arde en peñas antes yertas,  
descendió hasta el temor de nuestros huesos,  
ciego al odio, renace de su herida.

Load a Dios, que hizo lo insoñable:  
ser cautivo el Señor librando esclavos,  
habitar, Sol y Aurora, en nuestra noche,  
hacerse manantial de los desiertos.

Cantadle, esta ceniza es ya su hoguera,  
y nuestra desnudez, su veste regia,  
cual su templo las ruinas se levantan,  
las noches son antorcha de su gloria.

La ola no es naufragio, es himno alzándose.  
Los ríos son su gracia desbordada.  
El agua es vino eterno de su sangre,  
que rebosa la copa de tu sed.

El mundo es ya pureza de palomas  
bañadas en diluvios de arco iris.  
El Santo toma en sí nuestro pecado,  
mar y tierra su gracia se reparten.

Cantad a Dios, que, para hacernos dioses,  
tomó del hombre voz, latido y llanto.  
Aclamadle, adoradle, que es su templo,  
su cielo nuestra carne ya por siempre.

Marcos Rincón Cruz